

*El Evangelio es la herencia de los desheredados y el tesoro de los pobres, y no otra cosa. (Rovirosa, OC, T.V. 207)*

**El entusiasmo evangelizador se fundamenta en esta convicción. Tenemos un tesoro de vida y de amor que es lo que no puede engañar, el mensaje que no puede manipular ni desilusionar. Es una respuesta que cae en lo más hondo del ser humano y que puede sostenerlo y elevarlo. Es la verdad que no pasa de moda porque es capaz de penetrar allí donde nada más puede llegar. Nuestra tristeza infinita sólo se cura con un infinito amor. (EG, 265)**

**Desde los textos, me situó en la vida.**

Las preguntas que nos plantea la Palabra de Dios son clave: ¿Para nosotros el reino de Dios es el tesoro por el que estamos dispuestos a venderlo todo? ¿Es lo que nos llena de alegría? ¿Nuestra vida y misión se fundamenta en esta convicción? ¿Es lo que da sentido a nuestra vida?

Desde mis propias respuestas, oro:

Dichoso quien tropieza contigo  
Dichoso quien te encuentra y te descubre.

En cualquier recodo,  
en cualquier encrucijada,  
en los lugares más insospechados,  
te haces el encontradizo  
y le das la gran sorpresa.

Tú le seduces,  
y vende todo para poseerte.  
¡Dichoso ese hombre!  
¡Dichosa esa mujer!  
Dichoso quien no se acomoda,  
y te sigue encontrando más veces.

Todos los días, a cualquier hora...  
Te ve y te reconoce,  
siente un sobresalto  
como la primera vez.  
Dichoso quien se encuentra contigo  
cada noche.

Cara a cara, sin niebla, sin disfraces.

(P. Loidi, adaptada)



**Palabra se pronuncia en mi vida**



**Mateo 13, 44-52.- El reino de los cielos se parece también...**

El reino de los cielos se parece a un tesoro escondido en el campo: el que lo encuentra, lo vuelve a esconder y, lleno de alegría, va a vender todo lo que tiene y compra el campo.

El reino de los cielos se parece también a un comerciante de perlas finas, que al encontrar una de gran valor se va a vender todo lo que tiene y la compra.

El reino de los cielos se parece también a la red que echan en el mar y recoge toda clase de peces: cuando está llena, la arrastran a la orilla, se sientan y reúnen los buenos en cestos y los malos los tiran. Lo mismo sucederá al final de los tiempos: saldrán los ángeles, separarán a los malos de los buenos y los echarán al horno de fuego. Allí será el llanto y el rechinar de dientes.

¿Habéis entendido todo esto?». Ellos le responden: «Sí». Él les dijo: «Pues bien, un escriba que se ha hecho discípulo del reino de los cielos es como un padre de familia que va sacando de su tesoro lo nuevo y lo antiguo».

**Palabra del Señor**

Las parábolas del tesoro y la perla son prácticamente idénticas. Una invitación a sentirnos interpelados en nuestra conducta ante el Reino. Encontrar el tesoro escondido o la perla desencadena un proceso de cambio radical. La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. (EG 1)

Por el contrario, el gran riesgo del mundo actual, con su múltiple y abrumadora oferta de consumo, es una tristeza individualista que brota del corazón cómodo y avaro, de la búsqueda enfermiza de placeres superficiales, de la conciencia aislada. (EG 2)

Al que arriesga, el Señor no lo defrauda, y cuando alguien da un pequeño paso hacia Jesús, descubre que Él ya esperaba su llegada con los brazos abiertos. Éste es el momento para decirle a Jesucristo: « Señor, me he dejado engañar, de mil maneras escapé de tu amor, pero aquí estoy otra vez para renovar mi alianza contigo. Te necesito. Rescátame de nuevo, Señor, acéptame una vez más entre tus brazos redentores ». (EG 3)

Encontrar el tesoro del Reino de Dios, encontrarnos con Jesucristo, nos sitúa ante una nueva escala de valores, ante la que a pesar del riesgo, somos invitados a optar, para que se abra ante nosotros el horizonte vital del reino de Dios: una nueva manera de ser, de pensar y de sentir; una nueva manera de vivir. Encontrarnos con Jesucristo, y con el tesoro del Reino en nuestra vida, nos hace relativizar todo lo demás, ponerlo en función del Reino.

Pero el horizonte del Reino no se sitúa en un futuro aún lejano. Es una conversión y un compromiso que determina ya ahora nuestro presente. El reino de Dios es, precisamente, la alternativa a esta sociedad deshumanizada que hemos de construir.

Un tesoro oculto, porque el Evangelio, poco visible y llamativo tantas veces, aparece ocultado entre otras muchas ofertas que se hacen en nuestra sociedad. Un tesoro que hace falta descubrir y encontrar, y que hay que experimentar como el tesoro de nuestra vida. Un tesoro que nos pedirá renunciar a todo lo que impide acogerlo. Encontrar la fe es encontrar el tesoro.

Hay una invitación al discernimiento, en estas parábolas. No todo da lo mismo: hay valores y valores, tesoros y tesoros... Hay muchos tesoros que nos oprimen y esclavizan, que nos deshumanizan.

La oferta del Reino, como en la parábola de la red, es una oferta universal, que se dirige a todos, pero que pide esa conversión que nace del don del encuentro con Cristo. Nos encontramos con el don de la fe, con el don del Reino, con el don del Evangelio, y desde la alegría de ese encuentro, estamos dispuestos a renunciar a todo con un compromiso liberador.

Sólo gracias a ese encuentro —o reencuentro— con el amor de Dios, que se convierte en feliz amistad, somos rescatados de nuestra conciencia aislada y de la autorreferencialidad. Llegamos a ser plenamente humanos cuando somos más que humanos, cuando le permitimos a Dios que nos lleve más allá de nosotros mismos para alcanzar nuestro ser más verdadero. Allí está el manantial de la acción evangelizadora. Porque, si alguien ha acogido ese amor que le devuelve el sentido de la vida, ¿cómo puede contener el deseo de comunicarlo a otros? (EG 8)

En esta actitud de oración, rememoro mi descubrimiento de la fe, mi encuentro con Cristo, mi alegría, mis opciones de configurar mi vida con Él. Agradezco el don, y me comprometo a “vender” lo que aún quede, para que el Reino sea mi todo.

**Y me dejo llevar hasta concretar en mi vida...Poniéndote en manos del Señor, ora:**

Antes estimaba todo lo mío  
y me ufanaba de mi familia.  
Mostraba mis títulos y mi hogar,  
y estaba orgulloso de mi profesión.  
Apreciaba a mis amigos,  
y me gloriaba de mi pueblo.  
Contaba mis éxitos y méritos,  
y estaba rodeado de pequeños tesoros.  
Pero Tú vales más.  
La mayor ganancia eres Tú.  
La perla más preciosa eres Tú.  
El tesoro más deseado eres Tú.  
Todo lo demás no llena,  
no colma,

no satisface...

Dichoso quien tropieza contigo.

Dichoso quien te encuentra  
y te descubre.

Todo lo que buscamos lo llevas Tú:

verdad, justicia, amor,  
paz, alegría, revolución,  
fraternidad, fiesta, solidaridad,  
vida nueva, nueva sociedad,  
nueva humanidad.

Todo tiene tu rostro,  
tu voz,  
tu nombre.

Eres el tesoro de la vida.  
Lo demás no tiene brillo ni valor.  
Es como basura  
y se pierde.

Tú no te pierdes ni te gastas.  
No te apolillas ni pasas de moda.  
Y ningún ladrón puede robártenos.  
Vale la pena venderlo todo  
para tenerte y gozarte.  
¡Ojalá me busques y me seduzcas!  
¡Ojalá te encuentre  
y me vaya contigo dejándolo todo!  
Pensándolo me alegro  
y proclamo en todos los sitios:  
¡Tú eres el tesoro de mi vida!

(P. Loidi, adaptada)



### **.Y para vivir lo que pido, ofrezco mi vida, unida a la de los pobres.**

Señor Jesús, te ofrecemos todo el día nuestro trabajo,  
nuestras luchas, nuestras alegrías y nuestras penas.

Concédenos, como a todos nuestros hermanos de  
trabajo, pensar como Tú, trabajar contigo y vivir en Ti.

Danos la gracia de amarte con todo nuestro corazón y  
de servirte con todas nuestras fuerzas.

Que tu reino sea un hecho en las fábricas, en los  
talleres, en las minas, en los campos, en el mar, en las  
escuelas, en los despachos y en nuestras casas.

Que los militantes que sufren desaliento permanezcan  
en tu amor. Y que los obreros muertos en el campo del  
honor del trabajo y de la lucha, descansen en paz.

María, Madre de los Pobres,  
Ruega por nosotros

